



XIMENA CASTRO

[Psicoanalista]

El psicoanálisis, desde su nacimiento en la última década del siglo XIX, ha contribuido sustancialmente a la construcción de un saber sobre el amor. Freud, el inventor del método psicoanalítico, no sólo contribuyó a distinguir el amor del enamoramiento, el amor tierno del amor sensual, sino que también conceptualizó la ambivalencia de los afectos develando la proximidad del amor y del odio. Además, se interesó por identificar los caminos que conducen a la elección del objeto de amor. Subrayando la estructura narcisista del amor, propuso, por un lado, que se ama a un otro que de alguna manera refleje lo que uno mismo es, lo que uno mismo fue o lo que uno querría ser. Por otro lado, siguiendo su conceptualización del mito edípico y de la sexualidad infantil, planteó que se ama a aquel que encarna el modelo de la mujer nutricia o el hombre protector. En otras palabras, la elección amorosa estaría determinada por las investiduras libidinales dirigidas al propio y como objeto de amor o por las investiduras libidinales dirigidas a nuestros primeros objetos de amor. Freud situó también una particularidad en la elección de objeto en el hombre; y ante el

enigma que representaba en su teorización la cuestión de la sexualidad femenina, dejó como legado la pregunta “¿qué quiere una mujer?” inaugurando con ella una nueva línea de pensamiento sobre la identidad sexual y el amor.

El abordaje psicoanalítico del amor está necesariamente anudado a una particular concepción, tanto de la subjetividad como de la posición sexual y el lazo social. Distanciándose de las ciencias biológicas, el psicoanálisis entiende que en los seres hablantes no hay una sexualidad programada o predeterminada por un funcionamiento instintivo, como sí la habría en otras especies animales. Por el hecho de habitar un mundo de lenguaje, los humanos no responden a los ciclos naturales para aparearse y reproducirse. Por el contrario, la elección de un partenaire sexual en el ser humano necesariamente pasa por una diversidad de vicisitudes relacionadas con la identidad sexual, por un lado, y con el deseo, por otro. Del lado de la identidad, las preguntas subjetivas que surgen son de este orden: ¿quién soy? ¿quién soy como ser sexuado? ¿qué es ser hombre, qué es ser mujer? Del lado del deseo, se plantean estas otras: ¿qué deseo? ¿qué es aquello que el otro desea? ¿soy o no un objeto de deseo para el otro? Son preguntas que no tienen respuesta universal y por lo mismo sólo pueden ser respondidas por cada sujeto, uno por uno, y de acuerdo a las contingencias que marcan su existencia.

Al proponer que no habría tal cosa como la complementariedad o simetría sexual, el psicoa-

nálisis derrumba el mito de la media naranja y contradice el ying y el yang. De forma provocadora, el psicoanalista Jacques Lacan plantea que “No hay relación sexual”; entendiendo con este aforismo que no habría una fórmula o modelo que pueda dar cuenta de la relación sexual como un universal. La clínica psicoanalítica ilustra claramente que la sexualidad y el amor se presentan en los seres humanos como fuentes inagotables de malestar, sufrimiento e insatisfacción; es con frecuencia que se escuchan frases que se repiten una y otra vez: “Ya no me quiere”, “me quiere demasiado”, “la quiero pero no la deseo”, “lo amo pero no me gusta”, “ya no hay hombres”, “todos son infieles”, etc., etc. Ante esto, no habría una respuesta tipo o fórmula válida que sirva para todos. Cada sujeto tiene que arreglárselas con esa falta de saber sobre lo sexual, inventándose eventualmente una manera de suplirla. El amor, desde esta perspectiva, sería entonces la suplencia de la relación sexual que no existe. Si bien hay una imposibilidad del lado de la sexualidad, se abre la posibilidad del encuentro amoroso, siempre del orden de lo contingente e imprevisto.

Cuando Lacan propone una de sus definiciones del amor, “dar lo que no se tiene a alguien que no quiere eso”, entiende que solo es posible amar cuando se está en falta. Es esa falta en ser la que se entrega al otro en el amor como un don simbólico; a un otro que, por definición, desea otra cosa... pero que consiente a ser amado.



AMOR, SEGÚN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AMOR.

[Del lat. *amor*, -ōris]

1. *m.* Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser.

2. *m.* Sentimiento hacia otra persona que naturalmente nos atrae y que, procurando reciprocidad en el deseo de unión, nos completa, alegra y da energía para convivir, comunicarnos y crear.

3. *m.* Sentimiento de afecto, inclinación y entrega a alguien o algo.

4. *m.* Tendencia a la unión sexual.

5. *m.* Blandura, suavidad. *Cuidar el jardín con amor*

6. *m.* Persona amada. *U. t.* en *pl.* con el mismo significado que en *sing.* *Para llevarle un don a sus amores*

7. *m.* Esmero con que se trabaja una obra deleitándose en ella.

8. *m. p. us.* Apetito sexual de los animales.

9. *m. ant.* Voluntad, consentimiento.

10. *m. ant.* Convenio o ajuste.

11. *m. pl.* Relaciones amorosas.

12. *m. pl.* Objeto de cariño especial para alguien.

13. *m. pl.* Expresiones de **amor**, caricias, requiebros.

~ **libre.**

1. *m.* Relaciones sexuales no reguladas.

~ **platónico.**

1. *m.* amor idealizado y sin relación sexual.

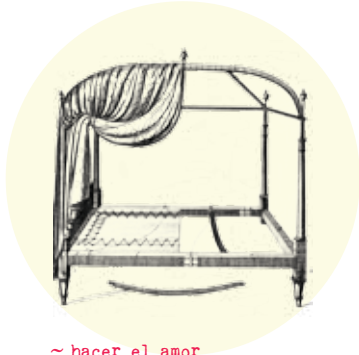
~ **propio.**

1. *m.* El que alguien se profesa a sí mismo, y especialmente a su prestigio.

2. *m.* Afán de mejorar la propia actuación.

~ **seco.**

1. *m.* Nombre que designa diversas especies de plantas her-



~ hacer el amor
[loc. verb]

báceas cuyos frutos espinosos se adhieren al pelo, a la ropa, etc.

~es secos.

1. *m. pl. Am. Mer. y Filip.* **amor seco.**

al ~ del agua.

1. *loc. adv.* De modo que se vaya con la corriente, navegando o nadando.

2. *loc. adv.* Contemporizando, dejando correr las cosas que debieran reprobarse.

al ~ de la lumbre, o del fuego.

1. *locs. advs.* Cerca de ella, o de él, de modo que calienten y no quemem.

a su ~.

1. *loc. adv. p. us.* holgadamente.

con mil ~es.

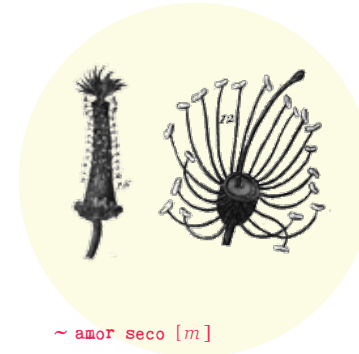
1. *loc. adv. coloq.* de mil amores.

dar como por ~ de Dios.

1. *loc. verb. desus.* Dar como de gracia lo que se debe de justicia.

de mil ~es.

1. *loc. adv. coloq.* Con mucho gusto, de muy buena voluntad.



~ amor seco [m]

en ~ compañía.

1. *loc. adv. coloq.* en amor y compañía.

en ~ y compañía.

1. *loc. adv. coloq.* En amistad y buena compañía.

hacer el ~.

1. *loc. verb.* Enamorar, galantear.

2. *loc. verb.* copular (|| unirse sexualmente).

por ~ al arte.

1. *loc. adv. coloq.* Gratuitamente, sin obtener recompensa por el trabajo.

por ~ de.

1. *loc. prepos.* Por causa de.

por ~ de Dios.

1. *expr. U.* para pedir con encarecimiento o excusarse con humildad.

Hágalo usted por amor de Dios Perdone usted por amor de Dios.

requerir de ~es.

1. *loc. verb.* Cortejar, galantear.

tratar ~es.

1. *loc. verb.* Tener relaciones amorosas.



~ requerir de amores
[loc. verb]



Def. 8 [m. p. us.]

GABRIEL ALZATE

[Escritor]

Del amor ni hablar. ¿Con qué derecho? Pero a la gente le encanta hacerlo porque cada uno tiene su historia. Y los escritores, los primeros. Cada vez que se asomaron al pozo del placer o vieron el mundo desde la ventana de la desdicha, quedaron tan confundidos que pensaron que se trataba del amor. O de lo que para ellos representaba esa palabra tan deshojada y vuelta a deshojar como un libro abierto que alguien deja olvidado en un patio y el viento que llega arranca las páginas una a una y se las lleva. En ellas cada persona que va por la calle lee una historia, su propia historia de amor. O lo que es más grave: la que desearía que fuera su historia de amor. Allí, sin más, empieza la insensatez. Así que no es de extrañar que todo el mundo se crea con derecho a recitar versitos o poemas enteros. Tal vez eso no sea lo grave. Lo delicado del asunto es que los dediquen, los escriban, los conviertan en su razón de ser. Lo triste, sí señores, es que cada uno piense que su historia de amor es única.

Y el lector ocasional sabe entonces que las desventuras e ilusiones han sido siempre las mismas aunque con diferentes dolientes. Y sabe de Hans Castorp, un burgués que se enamoró de

una altiva mujer que siempre llegaba al comedor de la clínica donde se hallaban internos dando portazos, añoraba esa manera brusca de irrumpir, la sentía, la presentía en sus entrañas. Era parte de su almuerzo, de la cena... Era su amor. Y también se entera de aquella mujer soñadora a la que le encantaban las historias de amor y que se llamaba Ema. La señora Bovary, por más señas. O acaso sepa que hubo una mujer que llevó lejos el ejercicio de la fidelidad y de la obstinación y aguardó a su marido que regresaba de la guerra y entre tanto tejía el sudario que habría de arrojárselo en su viaje a la muerte. Y alguna tarde una voz la llamó desde la playa, muy bajito, para que solo ella pudiera oír: “Penélope”, le dijo la voz y ella sintió esa punzada de reconocimiento en el vientre. Dejó de tejer.

Así es que algunos escritores han construido su historia: se ven obligados a pensar en el amor de manera constante, entre la lucidez y el desespero, y uno de ellos, un señor muy atildado que vivía al Sur de los Estados Unidos, escribió la historia de aquella mujer mayor que se resistió al paso del tiempo, a la muerte del amor, y durmió al lado del cadáver de su amado hasta el día de su propia muerte. Antes de que todo esto sucediera, antes de que ese hombre la abandonara, ella se había procurado una buena dosis de arsénico. Hay que retener al amor a como dé lugar. Nuestra querida Emily lo sabía.

Los escritores son gente de escasa medida a la hora de considerar el asunto del amor. Por lo general lo confunden con la muerte antes que con el éxtasis. Nada les impide amar desde el

otro lado de la vida. Son vecinos del desvarío. Desde la antigüedad han puesto emociones y sentimientos en manos de un diosillo irresponsable y ciego, al que llaman Cupido, que para colmo, anda armado de arco y flechas. Atina sin apuntar. Quevedo, un español, escribió que el amor podía ser polvo enamorado; y un compatriota suyo, puso a un señor que pasaba de cincuenta años y a quien se le había secado el cerebro, a buscar por toda la Mancha a una tal Dulcinea. Inexistente la dama, pero él la amaba. La creía, la sentía.

Los escritores no respetan sentimientos porque se creen, de algún modo, depositarios de la vida sentimental de los otros: espían tras las puertas, oyen lo que ninguno ha dicho todavía, pero ellos lo intuyen, adivinan palabras, frases, cartas de amor. Forjan cárceles de amor y de soledad o dejan que sus personajes las construyan voluntariamente urgidos de sufrimiento, de locura, de delirio.

Del amor, esa gente, cual energúmenos sin tregua, escriben en la arena, en el viento, en el borde de las hojas gastadas, en el dorso de una mano, en el pecho lacerado de un pájaro, en las nubes que avanzan antes de una tarde de tormenta y en los rayos del sol que inauguran la mañana. Escriben ebrios y nostálgicos porque necesitan creer en algo que no existe más que en sus sueños como si se tratara de una epifanía. Y se la creen. Por ello conviene cerrar la puerta. Apagar la luz del alma. Urge tapiar las ventanas. Viene un escritor con sus habladerías acerca del amor, y es mejor la sordera que el despropósito.

ALEJANDRO FEGED

[Antropólogo]



Filogenética del amor primate

Érase una vez un joven chimpancé llamado Julito, que acabó viviendo en una fábrica cubana de cerveza casera. Su labor diaria consistía en sacar con adminículos de toda índole los objetos que normalmente llevan dentro las botellas usadas (como pitillos, colillas y ranas) para que estas fueran reutilizadas.

Cuentan los viajeros que narran la historia, que Julito trabajaba por un salario de dos pintas por hora, y que cada mes debían los dueños de la fábrica pagar una prostituta para que le diera calmantes naturales al hijo de la selva. Más allá de que la historia sea cierta, en Cuba no existe lo inverosímil sino lo improbable. La vida de Julito nos pone ante una de esas preguntas recurrentes, que cada persona se formula cuando se cruza su mirada con la de otro ser viviente (a veces, incluso, con los uribistas):

- ¿Quién está del otro lado?

La búsqueda de la consciencia en otros seres está plagada de anécdotas e informes curiosos y asombrosos, donde por su semejanza y consanguinidad los chimpancés han llevado del bulto: el reconocimiento del ser en un chimpancé que usa un espejo para introducirse objetos extraños en el culo, la amistad entre animales, la consciencia del más allá del gorila Koko y las danzas de algunos simios frente a caídas de agua son solo algunos ejemplos que han sido registrados para la posteridad.

Una de las preguntas inevitables, para algunos, es si existe el amor entre los animales.

O algo parecido al amor humano. O, ¿qué podemos decir sobre el amor humano con base en los animales? O, ¿por qué somos tan animales en el amor?

A primera vista no hay ninguna esperanza, entre los simios no hay consenso. Los dos testículos de un chimpancé (110 gramos) pesan casi tanto como su cerebro (368-405 gramos). No es que no se puede sentir amor sin testículos, pero evidentemente resulta más difícil. Los gorilas, por el contrario, cuentan con una capacidad testicular bastante moderada (28 gramos). Los humanos estamos en un aparente intermedio entre el efímero vínculo de pareja de bonobús y chimpancés, y la posesión por fuerza de los gorilas. Estas comparaciones tienen sentido porque sugieren que entre humanos existe competencia de esperma y poliginia moderada (como el trago).

Resulta tentador, además, establecer una comparación con el sistema de apareamiento y social de bonobos y chimpancés, ya que difieren entre ellos bastante. Entre chimpancés, por ejemplo, hay violencia y con frecuencia las relaciones no son totalmente consentidas. Entre bonobos, donde las hembras son dominantes, hay sexo entre básicamente todos los individuos de la población, sin reparo de observar tradiciones milenarias, como evitar el incesto. Sin embargo, es importante tener cuidado en la comparación, pues estos rasgos pueden haber emergido después de la separación entre humanos y estas otras dos especies.

Además de los testículos, analizados por Alison Jolly en el libro *Lucy's Legacy*, hay otros mecanismos que debería abordar una perspectiva primatológica del amor. El efecto de dos hormonas, vasopresina y oxitocina, juega un papel crucial en eso que llamamos amor (aunque no sabemos bien cómo). Ambas están asociadas con nuestro pasado remoto de organismos marinos a la regulación de sales en el organismo, al punto que algunos evolucionistas sostienen que cuando la vida salió del mar, lo llevó consigo. La oxitocina es denominada la hormona prosocial, pues cumple un rol fundamental para establecer vínculos entre individuos y se piensa que en la monogamia y en la colaboración. Además, se usa como tratamiento para formas de autismo. La única pregunta posible parece ser, ¿por qué no la ponen en las gaseosas? Consígalala con su jibarito de confianza.

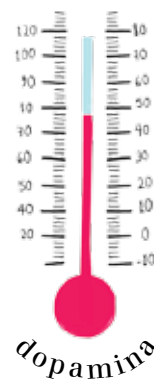
¿Cómo varían estas hormonas en los simios? Los bonobos y humanos cuentan con similitudes genéticas que no comparten los chimpancés, y además comparten rasgos prosociales y de empatía. El polimorfismo, asociado al autismo en humanos, también está presente en bonobos y ausente en chimpancés. Si hay algo parecido al amor humano entre primates es más probable encontrarlo en bonobos, no mal denominados el simio jipi. Los chimpancés no parecen estar muy interesados en la materia, endocrinológicamente hablando.

El último mecanismo, según esta arbitraria clasificación, involucrado en las emociones entre

individuos es la dopamina, premio del universo para los buenos comportamientos. Lo curioso es que más allá de premio a los placeres de la vida, la dopamina es un premio a la anticipación de los placeres. Y entre más incertidumbre exista, más altos son los niveles. Si a un mono le dan bananos después de sonar una campana, sus niveles de dopamina suben con la campana y no con el banano. Y si le dan solo la mitad de las veces, llega a niveles más altos que si le dan el 25, 75 ó 100% de las repeticiones.

El eminente primatólogo Robert Sapolsky narra un evento en el cual uno de los individuos en la población de babuinos que estudiaba, de jerarquía social discreta en el complicado mundo de su especie, finalmente accede a los favores carnales de una hembra de alta alcurnia tras una vida completa de cortejarla. Dice Sapolsky que, en cierta manera, la incertidumbre sobre la consumación del acto es justamente lo que mantiene al individuo en la abdicación absoluta a la noble causa.

Tal vez lo más interesante de reflexionar sobre si existe o no el amor en los primates resulta que en sus gestos y conductas podemos entendernos a nosotros mismos. Al igual que el ejemplo que usa Darwin de los monos haciendo caras de resaca, de una mirada al amor entre primates podemos entender por qué a veces actuamos como animales.



ANDRÉS FELIPE CASTELAR

[Psicólogo]



El amor desde una mirada neurobiológica

Está de moda por estos días usar los accesorios de la “química del amor”. Dijes en oro blanco que representan el orgasmo a través de la fórmula química de la dopamina; llaveros y botones tipo I (heart) Oxytocin; e incluso, algunas personas que piensan que el amor es lo más importante en su vida, publican fotos de sus tatuajes de las hormonas responsables del vínculo con el otro.

Y es que desde que se empezó a estudiar desde la neurobiología, las ideas para referirse al amor se inundaron de términos de laboratorio. Frases como: “La relación se acabó: no teníamos química”; “la culpa de esto la tienen las feromonas” o “el enamoramiento dura unas pocas semanas: se acaba cuando se agotan las hormonas”, se usan de forma cotidiana para entender ese cambio tan particular en la rutina diaria que llamamos amor y que puede entenderse entonces como un conjunto de reacciones fisiológicas de tipo químico, que se producen en el sistema nervioso y que generan cambios a corto y mediano plazo en nuestra conducta.

Tres sustancias químicas serían, en principio, las responsables de que vivamos el amor en todos sus estados, desde el comienzo de la relación hasta su madurez. La testosterona, liberada en mayor cantidad por los varones que por las mujeres, está implicada en la activación de las conductas de cortejo y galanteo, así como en el procesamiento de la información relacionada con la búsqueda de emparejamiento sexual:

activa las zonas del cerebro relacionadas con la agresión y la competencia y nos puede convertir en héroes protectores o en el típico patán de esquina. Por su parte, la dopamina se conoce como la hormona del orgasmo, ya que cuando es liberada en el cerebro disminuye el procesamiento del dolor e incrementa la sensación de satisfacción y bienestar; está presente en alimentos como el chocolate o el ají y es la que hace del contacto sexual una práctica tan placentera que puede ser adictiva, como realizar deportes extremos o sumarse a una alabanza en una congregación religiosa. Finalmente, la oxitocina es la más romántica de las tres, ya que se encarga de incrementar la empatía, disminuir la tensión arterial y la agresividad, además de estrechar los lazos emocionales, en especial con los niños pequeños: está implicada en conductas de cuidado al débil y en la reducción del miedo.

Claro, no basta inculpar a este flamante trío de hormonas de nuestro éxito (o fracaso) amoroso. Hay otras sustancias que participan en esta complicada trama de activaciones e inhibiciones cerebrales. Por ejemplo, la androstediona secunda el trabajo de la testosterona en los varones y, durante el cortejo, facilita la aproximación de la pareja, mientras que la liberación de estrógeno en las mujeres hace que el cuerpo luzca más receptivo para la cópula: el pico de liberación del estrógeno coincide con la ovulación, época en la cual la piel luce más tersa, el cabello brilla más y se incrementa la sensibilidad ante gestos de seducción; la vasopresina en los varones está relacionada con la monogamia y la ausencia

de la alopregnenolona se relaciona con las molestias atribuidas al Síndrome Premenstrual.

Sin embargo, no basta decir que todo en nosotros es hormonal. Porque, ¿qué sentido tiene el amor, en términos prácticos? O, dicho de otro modo, ¿para qué sirve el despliegue de estas hormonas en nuestra vida? Las perspectivas evolucionarias han tratado de hallar respuesta a este interrogante, sosteniendo que la especie humana, como cualquier otra, se guía por los mismos patrones de éxito reproductivo. Según este esquema de análisis, toda práctica amorosa atiende y resuelve la necesidad de sostener la viabilidad reproductiva como especie.

Dicho en otros términos, el amor y sus derivados conducen de una u otra forma a la reproducción, y las hormonas nos empujan a ello. El enamoramiento, por ejemplo, sería vital para la elección de la pareja idónea; el orgasmo, permitiría elegir al compañero que resulte más compatible (además de permitir una fecundación óptima) y el cuidado dado a los niños más pequeños es necesario para que éstos alcancen su propia edad reproductiva. El beso apasionado enamora, pues a través de él se evaluaría la potencial compatibilidad genética con la pareja: de ahí que los caractericemos como dulces o simples y que queramos más de ellos... o no. Y por razones similares, el despecho amoroso (la popular tusa) se parece más al síndrome de abstinencia que produce suspender una droga.

Esta mirada puede parecer un tanto descarada, pero resulta bastante lógica para entender algo tan irracional, en principio, como el amor.

El afán de reproducción compensaría el alto gasto de energía física y la “inversión psíquica” que implica emparejarse: conocer los detalles de su vida, lo que más le gusta y lo que le incomoda, sin mencionar el esfuerzo que implica entrar a nuevos círculos sociales, cambiar rutinas, adecuar horarios, etc.

Sin embargo, estas teorías tienen aún muchas preguntas por resolver, como por ejemplo otras formas de amor no sexualizado, como el que se profesa por la naturaleza, por los amigos o por la divinidad. Si bien estos vínculos también operan a través de procesos neuronales y de liberación de neurotransmisores, como cualquier otra actividad cerebral, su sentido en los mecanismos evolutivos mencionados no resulta tan claro.

